

nos la lira del sentimiento, á vuestras madres, á la mujer, en fin, porque si es cierto, como dijo el poeta, que el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo.

«Así es, que desde el principio de los tiempos, el ideal científico, el ideal artístico, el ideal humano tuvieron su encarnacion en una mujer.

«En la cuna del mundo brilla Eva; en la línea misteriosa que separa el Oriente de Grecia, Elena; á la aparicion de la república romana, Lucrecia; á la democratizacion de esa república, Virginia; al pié de la cruz, Magdalena; en el sepulcro de los antiguos, Hipatia; en el renacimiento de la naturaleza bajo las sombras de la Edad Media, Eloisa; en las maravillosas trasfiguraciones del siglo décimo-tercio, Beatrice, esparciendo las luminosas estrellas recogidas en el cielo sobre el alma del poeta; en el siglo décimo cuarto, Laura, trayendo la miel de la inspiracion en sus labios; entre los arreboles del renacimiento, Victoria Colonna; entre las tempestades de la revolucion, la severa esposa de Rolland: coro de ángeles que iluminan todas nuestras tempestades y endulzan todos nuestros dolores con el aroma de sus consoladoras esperanzas. (*Ruidosos aplausos.*)

«Es indispensable que la mujer eduque sus hijos para que sean ciudadanos libres y no esclavos; les dé el sentimiento de la dignidad juntamente con la conciencia del derecho; y cuando esto haga, la mujer, como la Virgen de Murillo, será la que ponga su planta sobre la serpiente de la tiranía. (*Aplausos.*)

«He apoyado la coalicion porque se funda en un sentimiento nacional. Así como lo primero que somos es hombre, y lo primero que sentimos son sentimientos humanos, nosotros nos hemos reunido en la ley para destruir camarillas extranjeras que han creido hacer lo mismo que hacian las camarillas de Carlos V, contra las cuales protestaron las comunidades de Castilla en Villalar, aquel dia que fué lluvioso, sin duda, en señal de luto por la muerte de las libertades patrias.

«Nosotros fuimos los últimos en caer bajo los Césares romanos y los primeros en destruir los Césares modernos; nuestros padres hicieron de nuestras montañas otras tantas Termópilas y abrigaron en sus corazones las singulares virtudes de Leónidas; nuestras ciudades como Gerona y Zaragoza prefirieron morir suicidas, morir de la muerte de Caton y de Bruto á doblegarse bajo el yugo extranjero, y ante tan altos ejemplos todos los extranjeros dicen en sus dias de prueba á los oprimidos: «id á España para ver como se pelea por el hogar y cómo se muere por la patria.» (*Aplausos. Vivas á Castelar y vivas á España.*)

XLVIII.

Cada situacion política se distingue en nuestros dias por dar vida á un nuevo matiz de partido, á una nueva agrupacion de personas. Desde que la vida constitucional, sobre todo, empieza á

practicarse mas ó menos hipócritamente en España, se observa esto. Doceañistas, realistas, negros, hojalateros, apostólicos, puritanos, polacos, unionistas, progresistas, moderados, monárquico-democráticos, republicanos, intransigentes; esta es la série: algunos demócratas apostatan y se declaran monárquicos, esto sirve para que se destaque claramente el partido republicano. El partido republicano se hace poder y queda vacío el banco de la oposicion: del seno mismo de este partido salen, ó ambiciosos que se van al Aventino porque creen que tienen demasiados méritos para figurar en segunda fila ú hombres rectos que creen que el poder es siempre conservador y que es preciso aguijonearle y pincharle para que no se detenga. Hasta aquí perfectamente. ¿Pero qué condiciones debe cumplir el partido nacido para empujar siempre hácia adelante al que está en el poder? Ajustarse á la ley y no quebrantarla: sostener el orden y no alterarle: reclamar la abolicion de la mayor parte de los destinos y no pedirlos para sí: evitar las alarmas y no promoverlas: exaltar la soberanía de las Constituyentes que es la soberanía de todos y no deprimirla, porque deprimirla es exaltar la soberanía de unos pocos: pedir reformas, pero razonándolas y fundándolas: estas son, á mi parecer, entre otras, algunas de las cosas que debe procurar hacer el partido naciente que quiera hacer una benéfica y saludable oposicion al gobierno. ¿Hacen esto los intransigentes?

No debo juzgarles: no es este sitio apropiado para hacer ni su censura ni su apoteosis. Si han indisciplinado el ejército, ha sido porque temian que fuera un obstáculo al establecimiento de la

federal: si han promovido alarmas en ocasiones ha sido porque, escarmentados por la esperiencia, recelaban alguna traicion: si han procurado pedir mas bien reformas que hacer gobierno, es porque estaban hartos de gobierno y ávidos de reformas. Sin embargo, no debo disculparlos en esto: pedir libertad y no autoridad: hacer caso omiso del orden y no hablar mas que de reformas: acordarse solo de fomentar el espíritu revolucionario y dejar á un lado las leyes conservadoras que presiden á toda sociedad, es olvidar uno de los dos términos de la ecuacion, uno de los componentes del progreso, una de las dos fórmulas de la libertad misma, porque la libertad, en tanto lo es, en cuanto al mismo tiempo es orden, autoridad, gobierno, y si no es sencillamente licencia, desenfreno, anarquía, y en la anarquía y en la licencia vive un pueblo, pero no vive mucho tiempo.

Dejando esto á un lado, lo cierto del caso es que la minoría republicana estuvo sumamente blanda y benévola durante el último ministerio Zorrilla. Veía acercarse el fin de la monarquía de Saboya y esperaba. Hasta tal punto estuvo benévola, que despues se ha dicho que entre ella y el ministerio, ó algunos de sus miembros por lo menos, habia un complot para acabar con la monarquía. Castelar casi no habló nada en aquel período. Los intransigentes, que querian las cosas mas aprisa y que ya habian olvidado la terrible ruina de la pasada insurreccion republicana, asediaban á los diputados y los llamaban conservadores, y á Castelar muy especialmente. Pero llegó el dia en que se discutió el proyecto de abolicion de la esclavitud en Puerto-Rico. El gran orador pronunció uno de los discursos mas con-

movedores de su vida. Se quejó dolorosa é intencionadamente de que no se tenían en cuenta los servicios prestados y los sacrificios hechos y dijo que habia republicanos de tercera y cuarta fila que querian asaltar la primera: hizo una patética y bellissima invocacion á la libertad, *que tantos desconocian*, y añadió que el dia en que se proclamara aquella ley seria uno de los mas venturosos de España. Este discurso, poder ¡sobrenatural del genio! calmó algun tanto, si no estinguió, los rencores que contra él se habian levantado en los pechos de algunos intransigentes. Diéronsele algunos banquetes: la prensa uno, y otro los republicanos benévolos y muchos intransigentes tambien. Quedó hecha otra vez la amistad, aunque no fuera mas que por encima, entre estos y el tribuno. El genio del orador los venció por una hora. Hay cosas á las que nadie puede resistir, ni los intransigentes, porque al cabo los intransigentes tienen espíritu, y una de ellas es el poder de la grandiosidad y de la belleza.

Hé aquí algunos párrafos de este gran discurso:

«La primera vez que el cable unió las costas de América y de Inglaterra, los jefes de los dos estados dirigieron una oracion á Dios. ¿Qué mejor oracion podíamos nosotros haberle dirigido que mandar por el cable el fin del régimen colonial y el fin del régimen servil? No lo hicimos; nos arrepentiremos bien tarde. Yo lo siento, no tanto por mí: yo lo siento, no tanto por los esclavos, lo siento principalmente por mi patria.

«Y, señores, ¡que pensar, cuando despues de haber hecho esto, se levanta todavía una voz de los blancos conservadores, voz elocuentísima, que

nos dice detengamos esta reforma, esa reforma, señores, que yo llamo débil y doctrinaria, qué esperemos á que vengan los representantes de Cuba!

«¡Como! ¡Los representantes de Cuba! ¡y lo decís vosotros los conservadores! ¡vosotros que en veinte años no habeis suspendido su régimen excepcional!

«¡Sometisteis Cuba al despotismo militar; nuestros reyes que eran aquí constitucionales, eran allí absolutos; nuestros ministros, que eran aquí responsables, eran allí arbitrarios; teniais su prensa bajo la censura, y su opinion con mordazas; disponiais de sus derechos sin oírlos; y de sus tributos sin consultarlos; la tierra de la libertad concluía en las islas Canarias, y cuando comenzaba el Nuevo Mundo español, comenzaban los dominios del absolutismo que ningun pueblo puede soportar sin gangrenarse; jamás reconocísteis el derecho de verse aquí representados á nuestros colonos; y cuando nosotros pedimos que se reconozca en los mas desgraciados de todos ellos un derecho que no deben á nadie, que recibieron de la misma naturaleza, proclamais nuestra incompetencia, y pedís que vengan los blancos á decidir la suerte de los negros, que vengan los amos á decidir la suerte de los esclavos, ¡ah! de los esclavos, libres sin ellos y sin nosotros; libres á pesar de ellos y á pesar de nosotros; libres contra ellos y contra nosotros, libres por hijos de Dios, por soberanos en la naturaleza, por miembros de la humanidad; y todo poder que desconozca esos derechos primordiales, sea cualquiera la ley ó el pretesto que invoque, comete un asesinato de las conciencias, asesinato de las

almas; crimen que castiga la cólera celeste, y que se purga con una eterna infamia en el eterno infierno de la historia.» (*Aplausos.*)

«Si la libertad, si la personalidad del hombre depende solo de las circunstancias, nadie puede asegurarnos que no cambiarán las circunstancias. Espanta considerar el ascenso y descenso de las razas, no solo por externos accidentes, sino tambien por la interna descomposicion de los pueblos. El chino de nuestros ingenios ha sido el hombre mas civilizado de la tierra. El ascendiente del cipayo de hoy ha visto nacer los progenitores de los dioses griegos y romanos en aquel oriente de la conciencia universal. Los rusos han sido esclavos de los polacos. El negro de la Nubia ha azotado á los fundadores de nuestra religion, á los israelitas cuando cocian ladrillo, con la cadena al pié, para los faraones de Egipto. Nínive, Babilonia, Roma se han levantado sobre la servidumbre de cien pueblos. No hay raza que no haya arrastrado alguna cadena sobre la faz de la tierra erizada de ignominias. Todo ha dependido de las circunstancias en que las diversas razas se han hallado.

«Y cambiando las circunstancias, el medio que nos rodea; temblad todos, temblad sobre todo vosotros los que vivís en las Antillas rodeados de razas negras, de colonias negras, de imperios negros, teniendo muy cerca el Africa, Jamaica, Santo Domingo, y cuatro millones de negros en los Estados-Unidos; temblad, no sea que llegue uno de esos momentos en que la cólera divina rebosa y suscita guerras sociales, tras las que vienen las grandes irrupciones: temblad, no sea

que entonces los negros busquen vuestras palabras y con esas mismas palabras justifiquen la esclavitud de vuestros hijos.

«No quiero hacer elegías, no quiero conmover vuestros corazones; yo sé muy bien que los corazones de los legisladores suelen ser corazones de piedra. La esclavitud antigua tenia una fuente, al fin heroica, que era la guerra. La esclavitud moderna, la esclavitud contemporánea, tiene una fuente cenagosa, que se llama la trata. ¿Comprendeis un crimen mayor? ¿Creeis que hay algo mas horrible, algo mas espantoso, mas abominable que el negrero? El mónstruo marino que pasa bajo la quilla de su barco; el tiburón que le sigue husmeando la carne, tienen mas conciencia que aquel hombre. Llega á la costa, coje un alijo, lo encierra aglomerándolo, embutiéndolo en aquel horroroso barco, ataud flotante de gentes vivas. Cuando un crucero le persigue, aligera su carga, arrojando la mitad al océano. Allí los pobres negros no comen ni beben bastante, porque el sustento y la bebida es cara, y su infame raptor necesita ganancia, mucha ganancia. Bajo los chasquidos del látigo se unen los ayes de las almas con las inmundicias de los cuerpos. El negrero les muerde las carnes con la fusta, y el recuerdo de la patria ausente, la nostalgia les muerde con el dolor los corazones.

«El año 1866 un buque negrero iba perseguido por un buque crucero. Llegó á un islote, cerca de las playas cubanas, y arrojó ciento setenta negros. El buque negrero y el crucero dejaron la isla. ¿Sabeis que sucedió? Los pobres negros no podian poner los piés en la tierra esponjosa, no

podían siquiera extenderse para descansar: aquella era una verdadera cruz de espinas. Todos murieron de hambre.

«¿Cuál sería el espanto, señores diputados, cuál sería el horror de su agonía? No tenían qué comer, y para beber no tenían más que el agua del mar, no tan amarga como la cólera de los hombres. Murieron unos sobre otros. Imaginaos el dolor de los supervivientes. Quizá un hermano vió morir á su hermano: quizá un hijo á su padre: quizá, ¡que horror! un padre á su hijo. Quizá alguno mordió por hambre carne de su carne; bebió sangre de su sangre, buscando en las venas algún líquido con que apagar su sed. Y, Sres. Diputados, aun temereis que nuestras leyes perturben las digestiones de los negreros, cuando tantos crímenes no han perturbado sus conciencias? (*Aplausos.*)

«Seguid, seguid ese calvario. Buscad el negro en la sociedad. ¿Puede haber sociedad donde se publican y se leen estos anuncios? ¿Les daría á leer estos periódicos de Cuba el señor ministro de Ultramar á sus hijos? No puedo creerlo, no se los daría. Dicen: «Se venden dos yeguas de tiro, dos yeguas de Canadá; dos negras, hija y madre: las yeguas, juntas ó separadas; las negras, la madre y la hija, separadas ó juntas.» (*Sensación.*) La pobre negra, que ha engendrado á su hijo en el dolor moral, que lo ha parido en el dolor físico, cuando ese hijo puede consolarla, una carta de juego, una bola de billar deciden de su suerte. Se juegan las negras, y muchas veces gana uno la madre y el otro la hija, y el juego separa lo que ha unido Dios y la naturaleza. Cuando vemos esto, buscamos sin encontrarlas ¡ay! la jus-

ticia humana y la justicia divina. El cielo y la conciencia nos parecen vacíos. El negro nace con la marca en la espalda, crece como las bestias para el servicio y el regalo de otro; trabaja sin recoger el fruto de su trabajo; engendra esclavos: solo es feliz cuando duerme, si sueña que es libre, y solo es libre en el día de su muerte.

«El suicidio es hoy, como en tiempos de Espartaco, el refugio de los esclavos. Hay años que se suicidan en Cuba 400 esclavos. ¡Sres. Diputados! ¡qué horror!

«Era, Sres. Diputados, contando por nuestro Calendario republicano, que también nosotros tenemos Calendario; era el 16 Pluvioso del año segundo de la República francesa. La Convención se hallaba reunida; aquella cúspide de la conciencia humana, donde todo era grande, el odio y el amor, como en las altas montañas son grandes las alturas, grandes los abismos. Un hombre, un esclavo, un negro, se había arrastrado desde el fondo de su ergástula hasta la cima de la Convención francesa. Era diputado, y encarándose á la Asamblea le dijo: «Yo pertenezco á una raza sin conciencia, sin patria, sin hogar, sin dignidad, sin familia, y vengo á refugiarme, vengo á traer esa raza á la sombra de los derechos por vosotros tan admirablemente proclamados. Vuestros derechos humanos (como se llamaba entonces á los derechos individuales), vuestros derechos humanos son mentira, vuestra libertad es mentira, vuestra igualdad es mentira, mientras consintais la esclavitud de los negros.» Levasseur se levantó á apoyar aquella petición del esclavo. La Asamblea vaciló, como vacilan todos esos grandes cuerpos colectivos

cuando van á pasar una de las líneas misteriosas que dividen los hemisferios del tiempo.

«Lacroix dijo: «Es verdad: declarando la libertad de los franceses, nos hemos olvidado de la libertad de los negros; olvido que no por involuntario deja de ser criminal. Sólo podemos repararlo declarando ahora mismo la libertad de los negros.» La Asamblea volvió á vacilar, y entonces Lacroix gritó: «Pido á la Convencion que no se deshonorre prolongando este incomprensible debate.» Y se levantó Danton, el hijo de la Enciclopedia; la personificación mas genuina de su tiempo; el gigante de la idea y de la acción; la energía revolucionaria; la vida de un siglo condensada en una conciencia; el hombre que, como el Etna, llevaba en su frente el fuego que salía de las entrañas de su corazón, y el fuego que en aquella época tormentosa bajaba de las tempestades del cielo. Danton dijo: «Vuestra libertad es una libertad egoísta mientras no la extendais á todos los hombres. Extendedla y entonces será humana. Pido, pues, que anunciemos al mundo la emancipación de todos los esclavos.» Los Diputados, magnetizados con estos pensamientos, se levantaron como un solo hombre, y extendiendo los brazos al cielo como si quisieran tomar á Dios por testigo de su resolución, abolieron unánimes la esclavitud de los negros. Un grito jubiloso resonó en las tribunas. Este grito se comunicó á los alrededores de la Asamblea. Parecía que la conciencia humana respiraba al descargarse de un gran remordimiento, de un gran peso. Las puertas de la Convencion se abrieron como si las agitara misteriosa mano. Los negros residentes en París invadieron el recinto y abrazaron llorando á sus redentores. Aun-

que la Convencion hubiera cometido mas crímenes, las lágrimas del pária redimido, del eterno Espartaco emancipado, del siervo hecho hombre; aquellas lágrimas que condensaban la gratitud de todas las generaciones venideras, y la bendición de todas las generaciones muertas traspasadas por el clavo vil de la servidumbre, aquellas lágrimas bastaban á borrar todas las manchas de sangre. (*Aplausos.*)

«Cuando la historia de la Edad media concluía; cuando el mar comenzaba á ser nuestro por la brújula, y el tiempo nuestro por la imprenta, y el cielo nuestro por el telescopio, un hombre sublime, poeta, artista, sacerdote, Colon, desde una carabela, y mas que desde una carabela desde la nave de su fé, miraba los celajes del mundo con que soñaba su mente y veía una luz incierta descubriéndole la tierra. Aquella luz que temblaba delante de Colon, era la estrella de un nuevo mundo, el cual se levantaba en los mares, como una segunda creación, para el hombre regenerado por la libertad y por el crecimiento de su conciencia, necesitada de nuevos y más dilatados espacios.

«Pero, señores, ¡cuán grande, cuán terrible sería la esclavitud cuando á pesar de los horrores que encierra, se quedó como una raíz venenosa en América, en la tierra de la democracia! Los puritanos son los pretorianos de la libertad; ellos abren un nuevo mundo en la tierra: ellos abren un nuevo surco en la conciencia; ellos crean una nueva sociedad. Y sin embargo, cuando la Inglaterra quiso dominarlos y vencieron, triunfó la república, pero quedó perenne la esclavitud.

Washington no pudo hacer mas que emancipar á sus negros. Franklin decia que los ingleses de Virginia no podian invocar el nombre de Dios, mientras tuvieran la esclavitud. Jay decia que todas las plegarias que enviaba al cielo América, pidiendo la conservacion de la libertad, eran, mientras existiese la esclavitud, verdaderas blasfemias. Mason se entristecia y lloraba al contemplar como pagarian sus hijos este gran crimen de la patria. Jefferson trazó la línea donde debia estrellarse la negra ola de la servidumbre.

«Sin embargo, señores diputados, crecia, crecia y crecia la esclavitud. Yo quiero que os pareis un momento á considerar al hombre que lavó esa gran mancha, en la cual se perdian las estrellas del pabellon americano. Yo quiero que os detengais un momento, porque aquí se ha invocado su nombre, su nombre inmortal para perpetuar la esclavitud. ¡Ah! no tiene el siglo pasado, ni tendrá el siglo del porvenir una figura tan grande, una figura igual, porque á medida que el mal se acaba, se acaba tambien el heroismo. Yo he contemplado y he descrito su vida muchas veces. Engendrado en una cabaña de Kentucky por padres que apenas sabian leer: nació, nuevo Moisés, en la soledad del desierto, donde se forjan todos los grandes y tenaces pensamientos, como el desierto monótonos y sublimes como el desierto; criado entre esas selvas seculares, que con sus aromas envian una nube de incienso, y con sus rumores otra nube de oraciones al cielo; navegante á los ocho años en las impetuosas corrientes del Ohio, y á los diez y siete en las estensas y tranquilas agnas del Mississipi; leñador mas tarde, con su hacha y su

brazo derribaba los árboles inmortales, para abrir paso por regiones inexploradas á su tribu de trabajadores errantes; sin haber leído otro libro que la Biblia, el libro de los grandes dolores y de las grandes esperanzas, dictado muchas veces por los profetas al son de las cadenas arrastradas en Nínive y Babilonia; hijo, en fin, de la naturaleza; por uno de esos milagros solo comprensibles de los pueblos libres, peleó por la patria, y sus compañeros lo elevaron al congreso del Illinois; habló en el congreso del Illinois, y sus comitentes lo elevaron al congreso de Washington; habló en el congreso de Washington, y su nacion lo elevó á la presidencia de la república; y cuando el mal se enconaba; cuando aquellos Estados se descomponian; cuando los esclavistas lanzaban sus hurras de guerra y los esclavos el estertor de su desesperacion, el leñador, el navegante, el hijo del gran Oeste, el descendiente de los kuákeros, humilde entre los humildes ante su conciencia, grande entre los grandes ante la historia, asciende al Capitolio, que es la mayor altura moral de nuestro tiempo: y sereno, fuerte con su idea, con su conciencia; teniendo enfrente los ejércitos mas agueridos de América; á la espalda Europa, enemiga; Inglaterra inclinándose al Sur; Francia aperciéndose á la reaccion de Méjico, y en sus manos la patria deshecha, arma, 2.000,000 de hombres; reúne 525,000 caballos; hace andar á su artillería 1200 millas en siete dias, desde las orillas del Potomac hasta las orillas del Tennessee, empeña mas de seiscientas batallas; renueva en Richmond las hazañas de Alejandro, de César, y despues de haber emancipado 3.000,000 de esclavos,

para que nada le faltase, muere en el momento mismo de su victoria; como Cristo, como Sócrates, como todos los redentores al pié de su obra. ¡Su obra! ¡Obra sublime sobre la cual derramará eternamente la humanidad sus lágrimas, y Dios sus bendiciones. (*Aplausos.*)

«¡Ah, señores diputados! Acordaos de que la esclavitud moderna; acordaos de que la esclavitud contemporánea es mucho mas horrible que la esclavitud antigua. Al cabo, los antiguos la fundaban en una razon metafísica, en la inferioridad de ciertas clases.

«Para Aristóteles los hijoseran una línea, los padres otra línea y los esclavos otra línea del triángulo que se llamaba familia. Platon, mas humano, y mas conocedor de las ideas universales, admitía, sin embargo, ciertas clases condenadas á eterna esclavitud. Allí, especialmente en Roma, la esclavitud tenia una parte horrible, la parte de aquellos esclavos cazados en los bosques, conducidos á Roma, comprados en la puerta de los templos y alimentados para que luego fueran á derramar su sangre en la arena del circo. Pero el esclavo era escultor, pintor, arquitecto, músico, maestro, y de esta manera influian en Roma. Puede decirse que en tiempo de Tácito, Roma era una ciudad de esclavos. Yo os pregunto: ¿qué esclavo de los nuestros se llama Terencio; qué esclavo de los nuestros se llama Horacio, hijo de un liberto; qué esclavo de los nuestros se llama Epicteto el cual educó el alma mas grande y mas noble de la Roma cesárea, el alma de Marco Aurelio? Vuestros esclavos son todo indignidad, todo brutalidad, como la piedra del molino, como el

mulo, como el burro, un instrumento de riqueza, un instrumento de vil trabajo.

«¡Oh! el mundo antiguo podria presentar su esclavitud frente á la nuestra con solo recordar á Espartaco. Númida de raza, tracio de nacimiento reunía en sus venas la sangre de los dos pueblos que mas habia martirizado Roma. Llevado á la ciudad eterna y alimentado para que tuviera mucha, mucha sangre que verter en el circo, adquirió la idea de libertar á sus compañeros, á sus hermanos. Treinta mil reunió: doce mil de los suyos murieron, y cayó entre ellos cubierto de heridas mártir de su fé, mas grande que Yugurta y que Anníbal. El mundo antiguo se creia libre de sus esclavos, cuando Craso, vencedor de Espartaco, volvía entre 10,000 cruces donde espiraban 10,000 esclavos crucificados. Pues bien: cuando sonó la última hora del antiguo mundo, cuando los compatriotas de Espartaco llegaron á Roma con los ejércitos de Alarico, en la última noche del antiguo mundo, Roma vencida, destrozada, debió levantar los ojos al cielo y ver los compañeros de Espartaco, cual otros tantos ángeles esterminadores descendiendo de sus cruces y dispersando á los cuatro puntos del horizonte sus ensangrentadas cenizas. ¿Y os extrañais que sobre nosotros caigan tantos males, cuando hemos cometido tambien, prolongando la esclavitud, tantos crímenes?»

«Yo observo que hay en esta Cámara, lo digo para concluir, algunos sacerdotes. Yo creo, señores diputados, que los sacerdotes han venido aquí para algo mas, por mucho mas que pedir la resurreccion de la monarquía y la continuacion de la intolerancia religiosa. Yo no disputaré, no quiero entrar en eso, ni es de este sitio,

ni es de esta ocasion: yo no disputaré sobre si el cristianismo abolió ó no abolió la esclavitud. Si diré solamente que llevamos diez y nueve siglos de cristianismo, diez y nueve siglos de predicar la libertad, la igualdad, la fraternidad evangélica, y todavía existen esclavos; y solo existen, señores diputadas, en los pueblos católicos, solo existen en el Brasil y en España. Yo sé mas, señores diputadas, yo sé mas, yo sé que apenas llevamos un siglo de revolucion, y en todos los pueblos revolucionarios, en Francia, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, ya no hay esclavos. ¡Diez y nueve siglos de cristianismo y aun hay esclavos en los pueblos católicos! ¡Un siglo de revolucion y no hay esclavos en los pueblos revolucionarios!

«Yo dejo esto á vuestra consideracion, á vuestro pensamiento. Sin embargo, el cristianismo, ó no es nada, ó es la religion del esclavo. El mesianismo fué la esperanza de un pueblo criado en la servidumbre; Moisés nació bajo el látigo de los Faraones en Egipto; Cristo es un vencido de Roma, hijo de un artesano pobre, que no tiene patria, ni donde reclinarse su cabeza: sus primeros discípulos fueron vencidos como él; los primeros mártires fueron esclavos, y su doctrina llevó el consuelo á las almas oprimidas, prometiéndoles cambiar las argollas de la tierra por una corona de estrellas en el cielo. La cruz, la cúspide de la sociedad moderna, fué lo más abyecto: el patíbulo del esclavo en la sociedad antigua. Pero, señores Diputadas, yo soy libre pensador, yo no participo, no puedo, la conciencia nos impone las ideas, y no somos libres para evadirnos de ellas; yo no participo de toda la fe, de todas las creen-

cias, de todas las ideas que tienen los sacerdotes de esta Cámara. Sin embargo, si yo fuera sacerdote, si yo tuviera la alta honra de pertenecer á esa elevada clase, yo en el más sublime de los misterios religiosos, teniendo vuestra fé, me diría: El Criador se redujo á nosotros: aquellas manos que cincelaron los mundos, fueron taladradas por el clavo vil de la servidumbre; aquellos labios que infundieron la vida, fueron helados por el soplo de la muerte: él que condensó las aguas, tuvo sed; él que creó la luz, sintió las tinieblas sobre sus ojos; su redencion fué por este gusano, por este vil gusano de la tierra que se llama hombre, y sin embargo, la sangre de sus llagas ha sido infecunda, porque todavía en esta tierra donde yo levanto la hostia, hay hombres sin familia, sin conciencia, sin dignidad, instrumentos más que seres responsables, cosas más que personas; levantaos, esclavos, porque teneis patria, porque habeis hallado vuestra redencion, porque allende los cielos hay algo más que el abismo; hay Dios; y vosotros, huid negreros, dehuid la cólera celeste, porque vosotros, al reducir el hombre á servidumbre, herís la libertad, herís la igualdad, herís la fraternidad, borrais las promesas evangélicas selladas con la sangre divina del Calvario. (*Aplausos.*)

«El Sr. Plaja nos decia la otra tarde: «¡Bien se conoce que los señores de enfrente no tienen esclavos,» no los tenemos, no; lo hemos sido nosotros: nosotros hemos sido esclavos, y por eso reivindicamos la libertad de nuestros hermanos. Nosotros pertenecemos á la clase servil, nosotros pertenecemos á la clase plebeya, á la clase emancipada que ha de emancipar

á los suyos. Sí; los plebeyos hemos sido párias en la India, nos han arrastrado á la cola del caballo persa, nos han ofrecido en sacrificios á dioses implacables, hemos derramado nuestra sangre en el circo, hemos sido azotados sobre el terruño; una parte de nuestra alma, de nuestro ser, padece en el Nuevo-Mundo con los negros, sombra de nuestros dolores, y queremos redimirlos nosotros, los redimidos por la revolucion.

«Hijos de este siglo, este siglo os reclama que lo hagais mas grande que el siglo XV, el primero de la historia moderna con sus descubrimientos, y mas grande que el siglo XVIII, el último de la historia moderna con sus revoluciones. Levantaos legisladores españoles, y haced del siglo XIX, vosotros que podeis poner su cúspide, el siglo de la redencion definitiva y total de todos los esclavos. He dicho. (*Aplausos.*)»

II.

Abdicó Amadeo de Saboya, que nunca debió venir á España, acordándose que uno de su raza vino á combatir contra los patriotas del Trocadero, y se proclamó á toda prisa la república. Los antiguos cimbrios, gente lista y un si es no es maquiavélica, creyeron ganar así la partida é ingerirse en el futuro poder con Martos á la cabeza, como se habian inscrito en la revolucion de Setiembre los conservadores, llevando al frente al duque de la Torre. Pero los republicanos fueron mas listos que ellos y no se metieron en el pecho la serpiente que al revivir habia fatalmente de

morderles en él. Las Córtes radicales, permítaseme la frase, caracolearon mucho delante de la nueva situacion; alardearon de valientes y quisieron ¡insensatas! ellas, Córtes monárquicas, convertirse en Convencion republicana. Se dió el caso de muchos diputados que se acostaron monárquicos como Malesherbes, y se despertaron convencionalistas como Sieyes, los que no como Robespierre. Hubo zozobras, agitacion, alarmas perpétuas provocadas por aquella Cámara facciosa, que hubiera vendido la república como acababa de abandonar la monarquía tan cobardemente. En esto habíase nombrado el poder ejecutivo de la naciente república española. Despues de otros ministerios, Pi, el talento gubernamental, Figueras, el talento diplomático, Castelar, el talento oratorio, Salmeron, el talento filosófico, con Tutau, Chao, y otros, fueron llamados á formarle despues de largos dias de angustia y de crisis, porque los radicales querian y pedian participacion en él. Se constituyó, por fin, contra la Cámara, que todavía creíase fuerte, un ministerio enteramente republicano. Hubiérase dicho de Figueras, Castelar, Salmeron y Pi, al ser presentados para el gobierno por el partido republicano, si no hubieran sido cuatro, que eran las tres gracias de aquel. En un discurso que habia pronunciado Castelar en Sevilla el año 1872, poco despues de las elecciones que presidió Ruiz Zorrilla, habia dicho al terminar: «Y como creo que basta, no para mi gloria, porque no tengo la soberbia de aspirar á ella, sino para tranquilidad de mi conciencia, haber contribuido á la emancipacion del pueblo: yo, que desearia que todo el mundo fuera una vasta federacion, que la ley de la frater-